

LA EVOLUCIÓN DE LA PERSONALIDAD

Por FRANCISCO SECADAS

1. *Personalidad en evolución*

Salta a la vista la ambigüedad del concepto de personalidad. ¿Abarca, según quieren algunos autores, todos los procesos reinantes en la mente? ¿Se define por el conjunto de procesos que integran la dinámica psicológica del individuo? Porque, entonces, comprende también los procesos intelectuales, y no sólo los afectivos, motivacionales, etc. ¿O se entiende por personalidad estos aspectos afectivo-emocionales, precisamente; y entonces, cuál es el concepto de personalidad?

Quisiera ser capaz de formular en pocas palabras, las *razones evolutivas* que motivan mi perplejidad.

Por estas fechas se está rematando un extenso análisis de las características que definen las edades, año por año. Es un trabajo antiguo en su planteamiento y acelerado recientemente, gracias a la labor afanosa de un amplio equipo de colaboradores.

Los últimos diagramas de la interpretación analítica ponen ante los ojos indicios inequívocos de que la dinámica del comportamiento opera en el sentido de una resolución de tensiones entre formas antagónicas de actividad psíquica. Y por lo que respecta a la panorámica evolutiva, estas polaridades se establecen, para cada edad, entre un extremo de más baja ley mental, residuo anacrónico de edades precedentes; y una proa de iniciativa que abre el surco, alumbrando, como una linterna nuevos horizontes por delante.

Este polo de descubierta se define, casi indefectiblemente, por rasgos intelectuales que connotan una incorporación sin-tónica al envolvente físico, personal y cultural. El extremo rezagado está constituido, en cada polaridad, por tipos de comportamiento que, habiendo supuesto un adelanto en edades anteriores, constituyen en el nuevo contexto un factor de estancamiento, y provocan secuelas de inestabilidad emocional e inadaptación.

Tanto en uno como en otro caso, la perspectiva evolutiva es crucial para determinar el concepto de personalidad y acotarla como área de estudio. Es más, y éste es el neuro-esquema de mi contribución: el criterio evolutivo sería el más decisivo y concluyente para esta demarcación, como espero demostrar. Lo cual justifica, por lo pronto, mi sospecha de que sería más propio hablar de *personalidad evolutiva* que de evolución de la personalidad, en el sentido de que la evolución es factor intrínseco, y no mera circunstancia temporal.

Intentaré, a continuación, expresar esta hipótesis evolutiva de la personalidad. Como segunda parte, aduciré las polaridades radicales que se establecen en cada edad. El estudio se completará, en fecha no lejana, con la síntesis congruente de las polaridades y tensiones críticas que jalonan el rumbo evolutivo, y de las formas de inteligencia que caracterizan cada etapa.

1.1. *Tensión evolutiva.* — El concepto de personalidad es anfibológico, porque, según nuestra hipótesis, si se entiende por tal “el conjunto de procesos reinantes en la mente”, abarca, en cada momento, la punta de avance de la evolución —es decir, los factores direccionales y más positivamente intelectuales de la conducta— lo mismo que los retardatarios de la marcha, que suelen ser modalidades de comportamiento en estado de sedimentación malograda e incompleta.

El individuo cubre las etapas plenamente, cuando logra asimilar, automatizar y decantar tales hábitos, lo que significa que estos esquemas de acción han pasado a sedimentarse en

otros cubículos del cerebro, revistiendo la nueva condición de habilidades o destrezas instrumentales. Pero en los casos de inmadurez y pervivencia determinan en el individuo, al menos, tres efectos más o menos perturbadores:

- 1) Una *rémora* respecto a la avanzada del pensamiento.
- 2) Conflictos con ese pensamiento, es decir, una serie de reacciones de *inadaptación emocional* e *inadecuación* respecto a lo que, en ese momento, exige su inteligencia para aclimatarse al medio real y axiológico que le rodea. Esta inseguridad provoca *ansiedad*.
- 3) La continuación del proceso de transformación, que se verifica fundamentalmente a través del juego, y de otras formas de ejercicio rutinario de esas mismas habilidades, hasta que la trama cobre consistencia suficiente y se sedimente en bloque, constituyendo un núcleo de habilidades instrumentales, disponibles para otros menesteres en planos superiores de la actividad inteligente. Con ello se prolonga la *actitud lúdica*.

Y aquí es donde se nos plantea como *ritornello*, en tonos acuciantes, la cuestión del preámbulo: ¿qué entendemos, en definitiva, por personalidad: “la totalidad de procesos reinantes en la mente”, o “el complejo de factores motivacionales y de rasgos temperamentales y emocionales, en oposición a los cognoscitivos”, como al hablar de trastornos de la personalidad y de cuestionarios de personalidad?

La cuestión no es baladí, porque, en el primer caso, abarcaríamos, en un concepto amplio de personalidad, la totalidad de tensiones emergentes de las polaridades, en un punto concreto del crecimiento, con inclusión de los factores direccionales de la conducta; mientras que el concepto restringido se limitaría —en términos evolutivos— al polo negativo del an-

tagonismo, donde se concentra la amalgama de agentes no eliminados a compás del escalonamiento jerárquico de las habilidades.

Tocamos aquí el origen clínico del concepto de personalidad, que dio base a su exploración mediante "inventarios" de síntomas de desajuste. Coincide este concepto primitivo con la noción restringida de personalidad, alusiva a las perturbaciones provocadas por adherencias y residuos indigestos de comportamientos de desecho. Las reliquias de antaño frenan el paso, conturban los humores y son foco de complejos, constituyendo un sector afectivo y próximo a la subconsciencia, puesto que están a punto de ser depositadas en el almacén del pasado, del recuerdo, de lo subconsciente.

La tesis evolutiva que propongo viene a sugerir que la personalidad restringida es el conjunto de procesos que afloran a la vida consciente a causa de un retraso en la asimilación, obstaculizando el avance de los factores direccionales del comportamiento y de la inteligencia en particular (figura 1).

En tal sentido, y dentro siempre de una etapa determinada, debe definirse por contraposición a lo que son rasgos de inteligencia en esa fase; y sobre todo, en referencia a los momentos en que han tenido una vigencia sincronizada, es decir, adecuada a la edad. De tal forma que, desde el punto de vista evolutivo, no se trataría de una personalidad normal o patológica, introvertida o extrovertida, adaptada o inadaptada; se hablaría de una personalidad de los 5 años presentes a los 10, y entorpeciendo los mecanismos mentales propios de esa edad.

Más claro, aun a riesgo de enturbiarlo: la personalidad "restringida" en el niño de 10 años, sería la inteligencia de los 5, atascada como operación extemporánea y como "modus operandi", y convertida en foco de asociación de comportamientos inadecuados a la edad, provocando problemas de adaptación y reacciones de inquietud emocional, de ansiedad y de alarma.

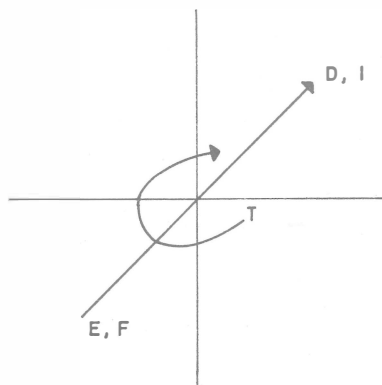


FIGURA 1. — ESQUEMA DINÁMICO DE LA EVOLUCIÓN

El análisis dimensional del desarrollo psicológico pone al descubierto, para cada edad, una disposición de los rasgos sobre un campo de ejes cartesianos, comparable al diagrama de la figura.

En el lado progresivo se agrupan aquellas características que guardan relación con la dirección de la conducta (D), con el éxito en la adaptación y, por supuesto, con las formas de inteligencia más evolucionadas para dicha edad (I).

En el polo opuesto, afectados de signo negativo respecto al anterior, se congregan las manifestaciones de carácter emocional (E), fantástico (F) y, en general, disgregador del comportamiento y disruptor del proceso adaptativo.

En la zona media suelen proyectarse ciertos tipos de actividad que contribuyen a transformar las formas menos evolucionadas en las más progresivas (T). Por lo común, o bien se trata de actividades lúdicas o de fases de transición o de procesos de aprendizaje. La función obvia de estas manifestaciones intermedias parece ser la conversión de los comportamientos conscientes de etapas anteriores, en habilidades, rutinas y automatismos, puestos instrumentalmente a disposición de los nuevos talentos.

1.2. *Degeneración evolutiva.* — Un lado interesante de esta concepción es que explica en términos evolutivos la FRUSTRACIÓN, principal agente de las perturbaciones de la personalidad. La frustración sería, de suyo, una reacción adecuada; podríamos decir, incluso, que racional, porque al enfrentarse un individuo con el bloqueo infranqueable de una tendencia natural, o sea, al tropezar la avanzadilla de su proceso evolu-

tivo con un obstáculo insalvable, se replugaría a posiciones anteriores, mejor guarnecidas y al abrigo de alarmas, aunque no fuera más que para revisar el comportamiento que le abocó al fracaso. Lo "sensato", cuando algo no marcha, es revisar el montaje desde la plataforma inferior de arranque. La revisión de los fundamentos de cualquier comportamiento es un recurso, en el fondo, razonable, si bien no siempre resulta racional.

Hay un fenómeno de FIJACIÓN que acompaña a la REGRESIÓN y es que, durante un tiempo más o menos prolongado, el individuo no vive instalado en su propia edad sino en otra anterior; y por tanto, los mecanismos mentales con los que responde a las estimulaciones externas son inadecuados. Reacciona en forma rudimentaria y de más baja ley. Pero lo que importa aquí es que la inadecuación del pensamiento no se ha producido directamente por una degeneración en calidad, sino por recurrir a una modalidad de pensamiento anterior en la evolución.

El mecanismo deletéreo de la FRUSTRACIÓN no estriba tanto en que se produzca "regresión" en el sentido de "degradación" cualitativa, cuanto en que provoca el repliegue a hábitos de pensar más "habituales" y seguros, menos expuestos al fracaso; los cuales serán cronológicamente anteriores, y por consiguiente, de inferior calidad. En el orden evolutivo, preceden las habilidades de calidad inferior, pero permanecen como sustrato de elaboraciones futuras más altas en la escala cualitativa del desarrollo. La regresión se produce en el sentido de un descenso en el nivel cualitativo del comportamiento, pero al mismo tiempo se traduce en una forma de actuación propia de otras épocas.

Según esto, y en conformidad, con resultados todavía provisionales, situándonos otra vez en torno a los 10 años, la frustración produciría regresión, y por tanto "degradación" y retroceso, en este orden degenerativo:

.....
 Razonamiento (R)
 Simbolización (V, M)
 Estructural relacionante (Er)
 Estructural espacial (Et)
 Automatismos temporal y espacial (At)
 Inestabilidad emocional e imaginativa (Ht)

El declive prosigue hacia la fuente original de la vida mental, y todavía se pueden escalar estratos superiores, donde el razonamiento quede subsumido como grado o peldaño, y no como tope. Así, por ejemplo, puede concebirse un nuevo orden de creatividad y, por tanto, de empleo de la inestabilidad en forma de extrapolación, ruptura de esquemas racionales provisorios, anticipación y replanteamiento de hipótesis, etc.; y entonces, la degradación se verifica en la forma:

.....
 Ingenio, creatividad, invención (Ht')
 Razonamiento (R)
 Simbolización (V, M)
 Estructural relacionante (Er)
 Estructural figural (Et)
 Automático (At)
 Inestabilidad emocional e imaginativa (Ht)

1.3. *Evolución y subconsciente.* — El mecanismo es idéntico a mi hipótesis de SUPLENCIA de estratos de la personalidad, donde se postula que cuando los factores directamente relacionados con el éxito —por ejemplo, la inteligencia, para el éxito en el estudio— son insuficientes para resolver la situación por sí solos, se apela sucesivamente a sustratos inferiores, hasta llegar al fondo de la personalidad tomada en su integridad. Valga la comparación de que cuando un dedo

no puede mover un determinado objeto, se aporta la fuerza de la mano, luego la del antebrazo, la del brazo entero, y finalmente empuja el individuo con todo su peso.

Coincide, asimismo, con el mecanismo de SUPRESIÓN. Los estratos implicados en una forma de pensamiento no están siempre muy diferenciados. Conforme actúa el razonamiento, le acompaña un cortejo de operaciones auxiliares, entre las que figuran la significación y simbolización verbal, ciertas formas de representación espacial, algún tipo de automatismo, formas imaginativas, e hipótesis que se alternan en su planteamiento, aventurándose y destruyendo sus propias trazas sobre la marcha. Algunos de estos mecanismos entorpecen el avance. Otros quedan todavía por debajo de ese nivel, y son suprimidos por efecto de una habituación de otra naturaleza que los automatiza, depositándolos en estructuras rutinizadas, bien sea de índole manipulativa, mecánica, de memorización, o en forma de esquemas imaginativos, representaciones espaciales e incluso imágenes, expresiones hechas, etc. Cuando estas formas de tratamiento del objeto resultan suficientemente automatizadas, los talentos y capacidades de vanguardia quedan liberados para una mayor eficacia. La supresión mantiene en el plano del automatismo y, por tanto, neutralizadas las habilidades aprendidas. Estos mismos procesos reprimidos coinciden con los de apoyo o "suplencia" aludidos antes.

Se llamaría PERSONALIDAD —en su acepción restringida— a las fases "suprimidas", en cuanto que "operantes". Un determinado rasgo o habilidad, luego de automatizado, deja de considerarse factor o dimensión de la personalidad. Pero aquellos que debieran haber sido automatizados y, pese a todo, siguen operando sobre el comportamiento, en forma de lastre, sustrato emocional, derivación imaginativa, dispersión sensorial, fantástica, emocional, etc., constituyen la personalidad motivacional, ya sea su influjo fautor o bien entorpecedor de la marcha.

La personalidad en sentido lato, y definida operativamente, en función de los procesos evolutivos revelados por el análisis

dimensional, se concebiría como *un dinamismo integrador de las tensiones originadas en el contexto psíquico y moderador de un atenuamiento elástico al medio.*

Se puede derivar de ahí el sentido tensional y afectivo de lo psíquico, y por tanto, de la personalidad. En mi concepción del constitutivo interno del objeto psicológico, atribuyo a "lo psíquico" un triple dinamismo endógeno: *consciotensivo, cohesivo e integrador.* Por virtud de la propiedad *cohesiva*, las experiencias se asocian y estabilizan en rasgos, habilidades, hábitos, etc. Por la dinámica de *integración* se subordinan unas estructuras a otras en forma orgánica y funcional para constituir una personalidad —en sentido lato—, en tensión homeostática con el medio. Podemos comparar la *consciotensión* a la tensión de flotación inherente a cada molécula de un bloque de hielo. Un *ice-berg* sólo muestra una décima parte de su volumen por encima del agua. Pero esta parte emerge a la superficie por efecto del empuje que sufre cada molécula hacia arriba. Bastaría cambiar de posición el bloque para que fuera otra la parte aparente. Análogamente, las estructuras más refinadas y actuales del pensamiento reposan sobre las precedentes, presionando sobre ellas y sumergiéndolas en el subconsciente. Pero el impulso a emerger sigue operando, tendiendo a ocupar el foco de la conciencia. Esta tensión, complicada internamente de mil modos, es concebida aquí como polaridad: entre sistemas de pensamiento periclitados, por una parte, y la actividad más evolucionada y vigilante de la inteligencia, por otra.

La CONSCIOTENSIÓN —que es la que ahora importa— sería el empuje de los sustratos inferiores por entreverarse con la avanzadilla del desarrollo mental. En otros términos, de acuerdo con el paradigma arriba expuesto, lo afectivo pugnaría por manifestarse cuando opera lo racional; y lo sensorial tendería a activarse mientras actúa la imaginación, o la representación espacial, o la capacidad combinatoria.

Esta interferencia de estratos provendría del hecho de que los más primarios no están suficientemente suprimidos, automatizados y subordinados; y que al carecer de estructura, tienden a acusar su presencia viva en las actividades del sujeto, entorpeciendo las de orden superior.

No resisto, de pasada, a la tentación de señalar la aplicabilidad de estos esquemas a la interpretación de la dinámica de grupos, incluso sociales y políticos.

Los estratos profundos “agradecen” la evocación que los redime de su estado de postergación letárgica. Ésta sería aproximadamente la concepción evolutiva de la tensión emocional, y en general, del dinamismo de LO SUBCONSCIENTE, sugeridos por los trabajos en curso.

Queda integrado en este concepto, asimismo, el de MOTIVACIÓN que, en su dimensión pedagógica, aspiraría a convertir en factor “impulsor” la energía gastada en la reacción. Los niveles inferiores impregnan de emocionalidad a los superiores. Disgregan las estructuras racionales, con descarga emocional. El impulso ascendente es un factor motivacional. También lo es el enderezamiento de estas líneas de fuerza en el sentido del avance. Habría, según esto, colisión motivacional entre la fuerza emergente del impulso, originado en las capas profundas y cronológicamente previas, por una parte, y los motivos que orientan sensatamente la conducta, por otra. El éxito en uncirlas a una acción sinérgica las potenciaría, a la vez que las integra orgánicamente en una personalidad armónica y dinámica.

Esta tensión viva que impulsa poderosamente al talento, exonera al investigador de cualquier achaque de insensibilidad y “cerebralidad”. La gran energía que despliega en el trabajo un investigador o un inventor dista mucho de ser una fuerza disgregadora. La aridez emocional deriva, en todo caso, de la atonía temperamental que priva de sustrato emotivo a la actividad pensante. La personalidad es un corcel presto a encabritarse, pero consentidor de la brida. La riqueza psicológica de fondo invade todo el organismo, pero en forma ordenada,

jerarquizada, consonante con el postulado de ORGANICIDAD que, según la hipótesis expuesta, sería condición interna de la personalidad y, más radicalmente, atributo sustantivo de lo psíquico.

2. *Polaridades*

La hipótesis evolutiva de la personalidad, recién expuesta, descansa en la comprobación de que el proceso evolutivo no es lineal sino recurrente, y que en cada etapa avanza en una dirección, en cuya proximidad se polarizan los rasgos positivos, orientadores de la conducta y característicos de la inteligencia propia del momento, mientras arrastra a su zaga remanentes que fueron oportunos en fases previas del desarrollo, pero que resultan retardatarios en la edad objeto de consideración.

Expresión de este fenómeno son las polaridades que el análisis dimensional descubre en cada edad y que, a guisa de esbozo rápido, desde el nacimiento a la primera juventud, expongo en esta segunda parte.

Tales diagramas derivan de someter al análisis dimensional una extensa y minuciosa variedad de datos experimentales, bibliográficos, empíricos, estadísticos y de otra naturaleza, propios algunos, y el resto tomados de acreditados psicólogos de la evolución, con objeto de extraer las características más contrastadas de cada edad.

Los rasgos descritos no aluden directamente a muestras observables de comportamiento, sino a condensaciones de síntomas. Constituyen verdaderos síndromes, aglutinados por el análisis en forma de dimensiones o aspectos del comportamiento. Más aún; no se trata de las primeras concentraciones, inmediatamente decantadas de la experiencia, llamadas dimensiones de primer grado. En general, se han originado mediante la repetición del análisis, tomando como variable de partida las dimensiones resultantes de extracciones anteriores. Cada uno de tales análisis previos aportaba los datos elaborados de

algún sector indagado o de un autor de renombre. El análisis sinóptico de cada edad sobrepasa, como promedio, el centenar de variables así condensadas, para segregar, como dimensiones de segundo grado, las semblanzas presentadas a continuación :

o años (*primer año de vida*). — Las dimensiones profundas del desarrollo, en este primer año de existencia, discurren desde el polo primario y negativo hasta su máximo despliegue, en la forma siguiente :

1. Conducta refleja condicionada.
- (T') 2. Reflejos circulares.
- (T) 3. Sociabilidad condicionada.
- (T'') 4. Aprendizaje elemental.
5. Alteridad del objeto.
6. Discriminación sensoriomotora.

El esquema contrapone, la CONDUCTA REFLEJA condicionada (1) como elemento *retrógrado*, a la DISCRIMINACIÓN SENSORIOMOTRIZ (6), *vanguardia* del crecimiento al término del primer año de existencia extrauterina. El proceso de *transformación* (T, T', T'' ...) se realiza a través de la sociabilidad condicionada (3), de los reflejos circulares (2) y del aprendizaje elemental reiterativo (4).

1 año. — Por orden cronológico, los rasgos o dinamismos profundos del año cumplido, hasta los dos, se suceden en el orden :

1. Empalme de procesos, seguimiento de la caída de objetos, autoestimulación en cadena.
- (T') 2. Jerga, aprendizaje cinestésico, control fisiológico, curiosidad táctil.
- (T) 3. Percepción detallista.
4. Imitación diferida, juego mímico e imaginativo,

5. Nombres, juego fabulatorio, lenguaje socio-céntrico inicial.
6. Pluralidad, manejo y percepción de elementos múltiples, aumento del léxico.
7. Acuñación prelógica de la sensación, refractariedad a influjos externos y resistencia a la coacción.

El curso del proceso parece avanzar de la COORDINACIÓN SENSOMOTÓRICA en que terminaba el año anterior, a la DIFERENCIACIÓN SENSORIAL, interés por la pluralidad de estímulos y REORGANIZACIÓN de éstos en esquemas verbalmente designables, e interés por el léxico.

En una ulterior elaboración, el análisis sugiere una doble dirección de este desplazamiento: partiendo del ensamble de procesos (1) y de la imitación diferida (4) se desarrollaría, por un lado, una actitud refractaria a los influjos de fuerza (7), necesaria para la coordinación de las estructuras glósicas (2) y de la percepción de detalle (3); mientras que, en un sentido más positivo del avance, el niño manifestaría interés por la pluralidad (6) y por los nombres con que se designan los objetos (5).

Desde otro punto de vista, se acusa en el mismo diagrama una nueva polaridad entre los procesos de asimilación y sedimentación, por una parte (1, 4, 7), y los de relación, por otra (3, 2, 6, 5). Coincide esta inversión antiética con la presencia de una fase de repliegue autista en el primer semestre del año, y de una apertura denotativa hacia la realidad, en el segundo.

2 años. — A los dos años, el polo de origen y, por tanto menos evolucionado, es lo que interpretamos como INCONEXIÓN ESPACIO-TEMPORAL y actividad acrítica. El extremo positivo está constituido por un complejo de rasgos y formas de comportamiento alusivos al interés por la PLURALIDAD y por el dominio de la variedad, a través de una INTEGRACIÓN de elementos, ya sea verbal ya de imitación en actividades de

manejo o ya de juego combinatorio. El proceso tiene las fases siguientes :

1. Inconexión espacio-temporal, actividad acrí-tica.
- (T) 2. Refratariedad a las interferencias exteriores, interiorización del lenguaje.
- (T') 3. Coordinación motórica, habilidad de las ma-nos.
- (T'') 4. Sensopercepción sincrética: integración de sensaciones, transducción, visualización glo-bal, percepción.
5. Visión de detalle e interés léxico.
6. Pluralidad, control de la manipulación, com-posición elemental, embrión del número.
7. Juego combinatorio, constructivo, imagina-tivo y germinalmente simbólico.
8. Imitación intencionada de modelos nuevos.

El sentido interno del proceso es doble, y conduce :

a) De la actividad inconexa, por inoperancia de los es-quemas de espacio y tiempo (1), a la aglutinación de los ele-mentos en aglomerados sensoperceptivos, de carácter sincrético e interiormente desorganizados (4).

b) Luego, posiblemente dentro de la misma edad, a la descomposición lenta de estos aglomerados merced a la dife-renciación del detalle (5) y gracias a la manipulación de obje-tos progresivamente más pequeños (desplazamiento del interés por agarrar la botella, a la presión de la bolita) (3, 6).

La simple multiplicación de detalles y de objetos sitúa a la mente en la necesidad de abarcar la pluralidad y controlarla. Esto se verifica mediante combinaciones elementales, manipu-laciones, integraciones y construcciones; y sobre todo, merced a la proliferación del léxico, que fija en el plano designativo la variedad de perceptos.

3 años. — Los ensayos de interpretación de los 3 años dan como resultado la contraposición de un comportamiento LÚDICO, acrítico y acausal, impregnado de emocionalidad inestable y ansiosa, frente a una actividad positiva de carácter COMBINATORIO, integradora de las impresiones en conjuntos internamente reversibles. Coordina los sucesos en cadenas imaginativas de asociación artificial, más que real, pero que contribuyen a dilatar en el tiempo, sin desprenderlas del espacio, las impresiones sensoriales. La sucesión parece ajustarse a un orden como el que sigue:

1. Acausalidad, subjetividad, verdad desiderativa e inestabilidad emocional.
- (T) 2. Escenificación, juego imaginativo, manipulación.
3. Atención sostenida, integraciones momentáneas.
4. Expresividad, dibujo como manifestación manipulativa espontánea.
5. Imitación, cooperación inteligente, lenguaje significativo.
6. Aparición del lenguaje proposicional, combinatoria de elementos.
7. Reversibilidad.
8. Integración espacio-temporal de los estímulos, artificialismo imaginativo.

Si algún sentido encontramos es que, una vez lograda en el año precedente cierta cohesión de las impresiones en perceptos provisionalmente articulados, la mente se lanza a una actividad de encadenamiento de los sucesos; primero, calcando imaginativamente fragmentos del flujo de la realidad, empalmados acriticamente en secuencias fragmentarias; y dotándoles luego, progresivamente, de valor real, interpretativo del curso de los hechos. Sin embargo, al término de los tres años todavía no ha conseguido disociar claramente el proceso

imaginario del curso de la realidad tangible. Se produce cierta inadecuación de las representaciones respecto a los acontecimientos; y de ahí la disociación, que le mantiene en pie de peregrino hacia la fase inmediata. Ciertos asomos de reversibilidad inestables, originada en la combinatoria de pequeños grupos de elementos, darán, sin embargo, visos de estabilidad a estructuras mínimas de base representativa, mezcla todavía de fantasía y concepto.

La imitación refuerza estas conquistas. A la imitación *condicionada*, de calco simiesco, localizada al término del primer año; y a la más *intencionada* de los 2 años, que Piaget llama imitación de modelos nuevos; sigue esta forma actual, más *inteligente y cooperadora*, que el análisis dimensional caracteriza por dos rasgos fundamentales: el referirse a formas de comportamiento de alguna mayor complejidad —muecas, acciones, lenguaje—, y el implicar influjo de la imaginación y rudimentos de memoria, por tratarse de una forma diferida.

4 años. — No escatima pinceladas el análisis en la descripción de los cuatro años. Las características de más relieve se suceden, poco más o menos, en este orden temporal.

1. Globalismo egocéntrico y fantástico.
2. Artificialismo analógico.
3. Escenificación imaginaria.
- (T) 4. Agilidad irruptiva.
- (T') 5. Habilidad, discriminación, color.
- (T'') 6. Locuacidad escenificada y curiosa.
7. Intención instrumental.
8. Denotación: dibujo y lenguaje.
9. Seriación y atribución.

La última síntesis invita a pensar en un triple proceso, que partiendo de un origen común, el SINCRETISMO ONÍRICO y egocéntrico (I), conduce a las puertas de tres procesos del PENSAMIENTO, que luego serán básicos, a saber:

1. Artificialismo analógico (2), y pensamiento serial y atributivo (9), que abocarán a la forma de pensamiento AUTOMÁTICO, representado en etapas más avanzadas por la disposición de elementos en el espacio, la integración de ritmos y procesos seriales y el cálculo.
2. Escenificación imaginaria (3), movilidad irruptiva (4), locuacidad escenificadora y curiosa (6), que sucesivamente conducen a las formas de pensamiento SIMBÓLICO.
3. Habilidad discriminativa y percepción del color (5), dibujo representativo y denotación, en general (8), que llevarán a la visualización del espacio y al pensamiento TÉCNICO-ESTRUCTURAL.

Las tres fases avanzadas, plasma de las operaciones inteligentes, son contrapuestas al sincretismo onírico, exento de contrastes y de criterios reductores de la asociación imaginativa que hagan compatible la visión inequívoca de la realidad con los productos de la fantasía delirante.

5 años. — La zaga evolutiva, a los 5 años, es un tipo de pensamiento caracterizado por la nota de PRECAUSALIDAD. La proa encierra características que merecen, en conjunto, el calificativo de disposición PREESCOLAR.

El curso del desplazamiento viene jalonado aproximadamente por estas formas de actividad mental:

1. Precausalidad: mezcla residual de artificialismo, subjetivismo, imprecisión, emocionalidad y servidumbre a la imaginación.
- (T) 2. Bipolaridad: aceptación de asertos inconexos y aun contradictorios. Religiosidad mítica.
- (T) 3. Juego en grupo.
4. Entretenimientos preescolares: motricidad rítmica, representación, musicalidad.

5. Preescolaridad, donde se congregan el mayor número de signos y manifestaciones de la inteligencia observados: inteligencia práctica, iniciación al número, juegos constructivos, habilidad manipulativa, discriminación perceptiva, dibujo, iniciación a la escritura, docilidad, preconcepto...

Se intuye, en este corto período, el tránsito desde un pensamiento inconexo, todavía esclavo de la asociación imaginativa, y carente de controles de la realidad (1, 2), hacia una forma abierta y receptiva de pensar, entretenida en integrar los elementos dispersos de la percepción en breves ritmos (4), conjuntos, grupos y esquemas útiles para la incorporación al medio ambiente inmediato; todo lo cual hace al niño receptivo a las primeras orientaciones de la educación (5).

6 años. — El polo negativo de los 6 años es un PENSAMIENTO FABULADOR, todavía transido de bipolaridad, globalismo alógico, oscilación de la atención y de la conducta.

El positivo puede designarse como REALIZACIONES, implicando no sólo un saber concreto, sino la modalidad predominantemente monoserial de la asociación, y la tendencia a plasmaciones reales, como el dibujo, el empleo de utensilios, el interés por bastarse a sí mismo...

La secuencia entera se perfila aproximadamente en estos trazos:

1. Fabulación.
- (T) 2. Diferenciación motriz: puntería, lanzamiento de pelota.
- (T') 3. Juego físico en grupo: salto, equilibrio, escenificación.
4. Mentalidad procesual: manipulación automática de elementos (sorteo de cartas...), clasificación, coleccionismo, correspondencia entre los integrantes de pequeñas estructuras,

inserción de las impresiones sucesivas en procesos continuados y atisbo de la causalidad como nexo integrador.

5. **Saber concreto**, realizaciones: dibujo, escritura, empleo de utensilios, atenuamiento a la obra, medida...

A los 6 años el pensamiento se pone en marcha, se convierte en "serial-continuo", extendiéndose a lo largo de períodos de creciente duración, y se concatena, primero en forma puramente imaginativa, y luego entreviendo nexos que le dan coherencia y lo ajustan a los procesos de la realidad.

7 años. — A los 7 años el pensamiento exhibe una polaridad que ya se define intrínsecamente en función del contacto con el mundo, y como representación objetiva de la realidad.

Frente a una forma INCONGRUENTE de pensar y comportarse, como polo negativo residual de la etapa anterior, se va desplegando progresivamente un tipo de pensamiento que implica COHERENCIA RACIONAL, y es capaz de fraguar certezas, de inteligir el contexto de una situación, de barruntar la consecuencia y de apuntar un marcado sentido ético en el comportamiento.

La adherencia a lo concreto se manifiesta por las formas intermediarias de este proceso, el cual en conjunto se describe por cuatro rasgos genotípicos:

1. Incongruencia: pensamiento incoherente, desorientación espacio-temporal, exhibicionismo, ansiedad.
- (T) 2. Destrezas dirigidas, motivación, esquema corporal, juegos competitivos.
3. Estructuración espacio-temporal del conocimiento en torno a la realidad, donde la actividad combinatoria y el sentido de la perspectiva en la representación espacial del dibujo son conquistas definitivas.

4. Coherencia racional, capacidad de atenerse al contexto situacional y a indicios de consecuencia lógica: certezas y sentido moral del comportamiento.

8-9 años. — A medida que la edad avanza, pierde sentido diferencial cada unidad cronológica y esfuma sus contornos. De ahí la conveniencia de hacer agrupamientos de las restantes edades, hasta el término de la evolución.

El período de los 8-9 años se inicia por una forma de actividad mental que pudiera llamarse SINCRETISMO INESTABLE. La etapa terminal merece el calificativo de PENSAR COHERENTE.

Entre el razonamiento sincrético del comienzo y su antípoda, la coherencia de pensamiento y consistencia del obrar, se ponen de manifiesto un corto número de rasgos básicos, mitad por mitad característicos de cada una de las dos edades. La sucesión se establece como sigue, aproximadamente:

1. Razonamiento sincrético, penetrado de inestabilidad afectiva.
- (T) 2. Extrapolación imaginativa e inestabilidad de la representación figurativa: vg. escritura desordenada e irregular.
- (T') 3. Memoria de localización, discriminación, combinatoria.
4. Comprensión espacio-temporal.
5. Inducción: intelección de procesos e inferencia de la ley.
6. Coherencia en el pensamiento y en la conducta.

Separadamente, por edades:

Los 8 años se caracterizan por un neto desplazamiento desde el razonamiento sincrético al ajuste y sentido del comportamiento (imitación de modelos) y a la organización del

pensamiento: abstracción de la observación, semejanzas, analogías, covariación, interpretación de hechos, gradación conceptual, inducción empírica... Actúan de transformadores criterios como la intención práctica e instrumental, el juego psicomotor competitivo y la memoria automática que, en conjunto, parecen implicar rutinización de habilidades primarias.

Los 9 años muestran ya un tajante antagonismo y una profunda tensión dinámica entre los estratos afectivos y las tres formas operativas básicas de la inteligencia, distanciadas de aquel polo por este orden:

FACTOR AUTOMÁTICO: Combinatoria, cálculo aritmético y comprensión de procesos.

FACTOR ESTRUCTURAL: Comprensión espacial, lenguaje gráfico, iniciación a la Geometría.

FACTOR SIMBÓLICO: Formulación verbal y conceptual de la experiencia, atribución, concepción formal del número, temporalidad, causalidad personal.

La máxima distancia es la que media entre la inestabilidad afectiva y los rasgos de consistencia del comportamiento y de formalidad.

10-12 años. — Cuanto más avanzado está el proceso evolutivo, mayores implicaciones presenta en relación con la dinámica de la personalidad. Las que originan la etapa de los 10 a los 12 años son tan profundas y de tanta trascendencia psicológica y educativa que obligan a reflexión acerca de la trascendencia de los factores evolutivos en la estructura total de la personalidad, y despiertan seria inquietud, puesto que tan hondamente afectan a su meollo y al rumbo de su destino.

La primera observación sorprendente, al contemplar los datos revelados por el análisis, es la discrepancia radical entre la *secuencia propiamente evolutiva*, cronológica, de los rasgos

y la *evaluación axiológica* de las características determinantes de la evolución.

La polaridad que se establece en el análisis, como última condensación y quintaesencia, es de naturaleza axiológica, y enfrenta unas formas de COMPORTAMIENTO DESORGANIZADO a modalidades de conducta reveladoras de SENSATEZ Y EQUILIBRIO. Es interesante advertir que el educador opera sobre esta hipótesis perfeccionista, y se conduce por postulados que sobreentienden un progreso continuo y acumulativo, no ya en el curso de estos tres años, sino a lo largo de toda la existencia individual.

Ahora bien, la ordenación cronológica de los rasgos que definen mallormente este ciclo, ponen al descubierto un fenómeno de involución enormemente importante.

Enumeremos, primero, estos rasgos sustanciales en la forma como los dispersa y contrapone el esquema representativo del análisis:

1. Gregarismo, gamberrismo, comportamiento masivo, en manada e insociable.
2. Evasión, escape de la realidad, fuga del clima hogareño, prurito erótico.
- (T) 3. Concentración sexual, en torno a los órganos genitales, localización corporal.
- (T') 4. Aprendizaje y racionalización de la experiencia.
5. Deportes, ley del juego.
6. Sensatez y objetividad.

Como puede apreciarse, se trata de un ascenso gradual desde el comportamiento invertebrado y anónimo hasta el plano del control corporal y de la reflexión. Es, por tanto, una escalación *axiológica*.

Observemos ahora el orden en que se presentan estos rasgos capitales, según su localización *cronológica* media:

1. Deportes, ley del juego.
2. Evasión.
3. Gregarismo.
4. Sensatez.
5. Aprendizaje racional.
6. Concentración sexual.

Un estudio pormenorizado de las edades pone de manifiesto en torno a la zona fronteriza, entre los 10 y 11 años, el brote de un fenómeno turbador y nuevo, de duración variable y mella profunda, que invierte como un plegamiento los estratos de la progresión racional. Irrumpe con fuerza avasalladora, que penetra y descoyunta toda la estructura de la personalidad, un impulso radicado en el sistema endocrino, no sólo sexual pero sí principalmente gonadal, que trastrueca los hábitos articulados sobre la actividad del sistema nervioso voluntario, para desplazarse, al menos episódicamente, a los dominios del sistema vegetativo.

Las destrezas, habilidades, incluso formas de comportarse y de pensar, sufren un colapso, o cuando menos una conmoción profunda. El muchacho se siente embargado por la fuerza arrebatadora de estos secretos impulsos. Su comportamiento merece —y se lo hemos dado— el calificativo de *hormonal*. El origen genital de esta polarización absorbente se traduce, entre otras cosas, en que los sexos se excluyen mutuamente, se hostigan, prefiriendo la compañía de sus congéneres. Los muchachos se juntan con los muchachos, en un comportamiento de manada. Las chicas buscan a las chicas y rehuyen el trato con los varones de su edad.

Pronto, sin embargo, se llega al colmo de la desorganización, y vuelve a entrar en juego el sistema voluntario y director del comportamiento. Entretanto, se ha producido una condensación del prurito sexual en torno a su localización orgánica específica. Las inquietudes han perdido generalidad. Si consigue salvar esta etapa crítica, regresará al orden, enriquecido por la recuperación de la personalidad entera, después de

haber incorporado el sistema vegetativo y el componente endocrino, al conjunto de hábitos, destrezas y estructuras de pensamiento logrados en el transcurso de las etapas anteriores. En la adolescencia conseguirá trabajosamente integrar el mundo de la afectividad y de las reacciones emocionales a la orientación del pensamiento y a la coordinación y estructura de la personalidad. El resultado será una incorporación a la sociedad en forma selectiva, rodeado del pequeño mundo que satisface sus necesidades, responde a sus aficiones y articula su vida en armonía con la comunidad.

En particular:

A los 10 años se entabla una fuerte tirantez entre el *comportamiento hormonal*, acogido a la costumbre gregaria, y la *conciencia de moralidad objetiva y de disciplina*. En el punto de transición figuran las normas de grupo, la ufanía de las propias habilidades y el trabajo cooperativo. Huelga ponderar la importancia de este plexo de disposiciones para el trabajo escolar en equipo.

El período más crítico son los 11 años. Agita sus entrañas una lucha encarnizada entre la *comezón sexual difusa*, constelada de manifestaciones gregarias, hedonistas, insociables, procaces...; y el esfuerzo desalentado por *categorizar la realidad, formular la experiencia y objetivar la conducta* en consonancia con la religión y la moral. El fiel del equilibrio no goza de buena reputación en los medios educativos: la *coquetería* en la chica y la *protesta* en el muchacho representan un intento de mantener el contacto en los puntos de fricción, que pronto se convierten en *vías de evasión* al ser coartadas por el adulto.

A los 12 años, la *insociabilidad* y el *gamberrismo*, con toda la secuela de retrasos escolares y desajustes que acarrea, ponen en aprieto el *equilibrio*, precariamente sostenido en el orden homeostático y en el axiológico e intelectual, a base de *interés por aprender, comprender las razones de las cosas y formular los motivos del obrar*. Como punto de apoyo y factor de transformación se alza el *juego deportivo*, poderoso medio de *loca-*

lización y concreción corporal, de naturaleza voluntaria, en cuanto que radicado en el sistema nervioso central, antagonista del vegetativo. El deporte depara situaciones propicias para la *formulación de las normas* del juego y obliga a la codificación de los *comportamientos apropiados* a la diversidad de actividades recreativas y a las características personales de los compañeros de equipo.

13-15 años: Pubertad. — La descripción del período comprendido de los 13 a los 15 años viene sugerida por seis facetas o modalidades del comportamiento:

1. Evasión e inquietud emocional.
2. Ajuste múltiple, concordancia de experiencias y de habilidades, pragmatismo.
3. Recuperación parcial del yo dentro del grupo, transformación de la grey en panda de compañeros.
4. Diversión en grupo, polémica, realce del yo y diferenciación social.
- (T) 5. Iniciación sexual, más manifiesta en la muchacha que en el chico; exhibicionismo y coquetería, sobre todo en el sexo femenino.
6. Autonomía, preocupación cultural, gobierno de sí mismo y pensamiento implicativo.

El esquema sintético plantea con claridad una doble oposición:

La tendencia EVASIVA Y EMOCIONAL (1) se opone directamente a la CONCORDANCIA y ajuste múltiple de experiencias (2).

La DEPENDENCIA del grupo, aunque ya reducido éste y con indicios de diversificación (3, 4), ofrece tintes opuestos a la AUTONOMÍA personal (6).

En el cruce de esta doble polaridad, como desempeñando funciones de factor general, se mantiene equidistante la iniciación sexual (5), revelando la trascendencia de su origen y,

tal vez, el decisivo papel que juega en toda la mecánica de la evolución adolescente y, en general, humana.

Año por año, la polaridad peculiar de cada etapa se puede describir sucintamente como sigue :

A los 13 años, se registra un desplazamiento desde las tendencias gregarias de evasión del hogar, y desde el sincretismo lógico, hacia la integración de la información, su aplicación utilitaria y pragmática, y la tendencia globalizada a la autonomía y al pensamiento sintético. Mediadores: la contención de la sexualidad y la comprensión del comportamiento.

A los 14 años, el antagonismo se establece entre las reacciones de timidez, por un lado, y las de emancipación, ajuste múltiple, integración de las experiencias y de la información, estereotipia y pensamiento implicativo, por el opuesto. Pero frente a esta polaridad directa, surge un factor de relación con los iguales, de huella profunda en orden a la liberación del individuo, y trampolín para su autonomía y para la integración plena de la personalidad, enriquecida por la experiencia social.

A los 15 años, el polo más indiferenciado se define por un tipo de evasión al que acompañan la timidez y la oscilación del ánimo; y reveladora, por tanto, de agitación interior profunda. Frente a este factor de turbación emocional, se configuran tipos de comportamiento avanzados, principalmente en el sentido de preocupación cultural, emancipación, capacidad coordinadora y compositiva de las experiencias, ajuste múltiple de las mismas y pensamiento implicativo. Nuevamente, se enfrentan con toda crudeza las vivencias emocionales a los procesos intelectuales, coordinadores de la experiencia, al abordar la crisis última de la evolución adolescente. Los mecanismos de transición insinúan un propósito encubierto y acaso subconsciente de producir impacto y provocar reacciones de aceptación de su *personalidad íntima*, en lo cual no es ajeno el móvil de aproximación —y acaso, fascinación— sexual.

16 a 20 años: *Adolescencia y mocedad*. — En la adolescencia y mocedad resulta con trazos enérgicos el contraste entre dos formas de comportamiento antagónicas: La HETERONOMÍA y la AUTONOMÍA.

En la pubertad, el muchacho forcejea por sacudirse la excesiva presión familiar. Escapa de casa hacia el mundo exterior. El problema se centra en torno a la dependencia o heteronomía familiar. En la adolescencia y primera juventud, la conducta heterónoma reviste la apariencia de dependencia gregaria, en la que hay grados de gravedad, desde el anonimato multitudinario a la panda de amigos, la irracionalidad sentimental, la crisis no superada de valores y la iniciación sexual, con su efecto dispersor de las manifestaciones de aproximación al otro sexo.

Definen la autonomía de pensamiento y obra una pléyade de manifestaciones diversas, como la congruencia de acción y de pensamiento, la conformación voluntaria a las imposiciones de la convivencia, la actividad intelectual, la capacidad de síntesis conceptual y de pensamiento ponderativo, la anticipación y labra el destino personal, la elección de estado y de ámbito vital —“status”—, la formación profesional, la ocupación y, finalmente, la culminación del proceso emancipatorio hasta la plena orientación de la propia existencia.

Hacen de plataforma elevadora un grupo intermediario de síntomas de comportamiento, entre los cuales, junto a rasgos que delatan el resurgimiento de la individualidad —relieve personal, vida interior, sensibilidad artística, etc.— y otros que denotan altruismo, inserción personal en la colectividad y mayor participación en los INTERESES COMUNITARIOS, destacan sobremanera signos de asimilación y superación de la emocionalidad de origen sexual: problema sexual, baile y diversiones sexualizadas, estabilidad sexual.

De la contemplación serena y objetiva del diagrama, parece desprenderse que las adherencias retardatarias tienen un *carácter disgregador*, de dispersión sexual, sentimental y gregaria. La clave de transformación del tipo de comportamiento

heterónimo en el autónomo estriba en procesos de *superación* y *compatibilidad* de las vivencias sentimentales, en orden a la convivencia. La culminación del proceso evolutivo —se logra a través de una recuperación de la *integridad personal*, enriquecida por la incorporación en la comunidad y encarada hacia nuevos horizontes, compartiendo la existencia social a través de una célula plural e íntima a la vez, y a caballo de proyectos que articulen armónica y eficazmente los ideales con las posibilidades de la existencia.

Contemplando separadamente las edades:

Los 16 años se caracterizan, en su vanguardia, por el logro de una *congruencia* en el comportamiento y en el pensar, y por cierto grado de conformación de criterios y acoplamiento de ideales a las exigencias impuestas por el entorno social. Como contrapeso, ha de soportar el lastre de la *dependencia gregaria*, reliquia de los años preadolescentes, que apelmaza el despegue. Las formas de transición tienen un *tinte sentimental*, y tienden a encauzar la individualidad recuperada hacia la vida de participación comunitaria: arte, altruismo, intereses comunitarios.

Los 17 años pueden considerarse palestra de la crisis sexual. En la zaga del proceso evolutivo, actúan los restos de dispersión erótica (iniciación sexual) y toda la comitiva de *reliquias sentimentales* (irracionalidad, crisis no superada de valores) y *gregarias* (panda). En el tránsito, se agudiza la *problemática afectiva* derivada del proceso de diferenciación y concreción personal del instinto: sensibilidad artística, problemática sexual, timidez. Finalmente, la etapa progresiva se inicia bajo el signo de la *estabilidad sexual*, con indicios de concreción personal de la pareja, lo que abre el paso a actividades de carácter netamente *intelectual* y al interés centrado en la *profesión*.

De los 18 a los 20 años, se echan los cimientos de la estabilización definitiva. Puede, desde luego, establecerse con claridad una cierta polaridad, en cuya zaga operan todavía formas de comportamiento insuficientemente diferenciadas, entre las

cuales el análisis destaca un tipo de actividad mental caracterizada por *la combinatoria* y *el automatismo*, más bien que por la comprensión y la síntesis, un regusto narcisista derivado hacia actitudes obsesivas del relieve personal, así como una persistente apetencia de actividades recreativas *sexualizadas*, baile, etc.; y destaca, en el centro, como aguja de dirección, un único factor de *estabilidad sexual*. El pleno desarrollo vendría determinado por la adopción de hábitos convencionales y la prefiguración del *status* apetecido, la concreción del destino personal, la síntesis conceptual y pensamiento ponderativo, y como mascarón de todo el proceso en su punta más progresiva, la emancipación y *autonomía* personal en plenitud de logro.

La primera juventud, de los 18 a los 20, presenta ya una característica inusitada en períodos anteriores. En contra de lo reiteradamente comprobado, paso a paso, desde la más tierna infancia hasta los 17 años, por primera vez los rasgos retrógrados no presentan signo negativo respecto a los progresivos en el diagrama de proyección. Todo el cuadro de variables que definen esta edad está comprendido en el área positiva del campo cartesiano. Ciertamente, se insinúan insignificantes síntomas de oposición entre un exiguo número de variables: concretamente, por pares, entre relieve personal y estabilidad sexual (condena implícita del donjuanismo), y entre afición al baile y clarificación del destino personal. En resumidas cuentas, el auténtico lastre procedería de una solución insatisfactoria del problema sexual. Pero, en su conjunto, todo el resto de variables comprendidas en la definición de esta etapa última del desarrollo se relacionan positivamente unas con otras.

Interpretamos este fenómeno como signo de que, por ley general, las tensiones y turbulencias de carácter *evolutivo* quedan superadas a los veinte años. Y apurando más la consecuencia podría considerarse la edad de 18 como punto de partida de una etapa de responsabilidad, autonomía y eficiencia por el lado personal, y de cooperatividad e integración comu-

nitaria, que debiera definir socialmente a la juventud como la antesala de la edad adulta.

La dinámica evolutiva nos brinda un sólido criterio de referencia para enjuiciar los fenómenos regresivos derivados de una prolongación artificial de la adolescencia y aun de la pubertad, concretados en manifestaciones de agresividad, comportamiento masivo y, sobre todo, en forma de *colectivización de los factores que justamente contribuyen a la recuperación de la individualidad tras la evasión puberal*, tales como el sexo, la opinión personal —sistemáticamente despersonalizada—, la tendencia a la singularidad en el atuendo —convertida en moda, sin percatarse de la incongruencia de querer uniformar la total discordancia—, y hasta la sensibilidad y sentimiento íntimo. Esta tendencia generalizada a trivializar la intimidad y a colectivizar lo peculiar y distintivo, *priva al adolescente de los asideros naturales para superar sus crisis, dejándola anegada en el pastoso magma de la frustración colectiva*.

A esta hecatombe generacional contribuyen los medios de difusión; y no sólo porque colectivicen el pensamiento y los hábitos, sino por la actitud claudicante que les rebaja al mismo plano sentimentaloides y masivo, tipificando, cuando no enalteciendo, el clima de disgregación al confundir lo noticiable con lo característico, y otorgando liberalmente mayores márgenes de justificación que los que la misma juventud reclama.